Sylvain Venayre

Los sueños franceses de aventura en los orígenes de la expedición de 1862

Este texto tiene su origen en mi trabajo de tesis; es necesario decir antes unas palabras al respecto, con el fin de demostrar que su tema no es resultado de un acercamiento artificial nacido de un encargo, sino que se me impuso, de manera muy lógica, en el transcurso de mis investigaciones.[1] Entregado a un trabajo sobre la historia del deseo de aventuras en el siglo XIX, estudié la manera en que este deseo se había expresado.[2] Para ello, utilicé un conjunto de textos que se pueden unificar bajo el apelativo de relatos de aventuras, pero que también se pueden declinar en diferentes géneros o subgéneros. Tenemos los textos que competen más directamente, desde el punto de vista del sentido común, a la literatura: las novelas de aventuras. Existen textos de estatuto literario más ambiguo: los relatos de viajes o las autobiografías. Pero también hay reflexiones de orden filosófico sobre la aventura, biografías o incluso artículos de prensa. Toda esta clasificación por género tiene su interés; tiene incluso un interés decisivo desde que se puede determinar el momento cronológico de algo que surge en tanto que género (como la objetivación del género de la novela de aventuras alrededor de 1860, la aparición de las primeras reflexiones de orden filosófico sobre la aventura en la década de 1900, la aparición

Sylvain Venayre. Doctor en Historia, adscrito al Centre d'Histoire du XIXe Siècle, Universidad de París-I Panthéon-Sorbonne. Este texto se inscribe en el marco del proyecto México-Francia ANUIES-Conacyt-ECOS "Edición y transferencias culturales en el siglo XIX".

[1] Por otra parte, un primer estado de esta reflexión fue publicado en el curso de aquel trabajo ("Le Moment mexicain dans l'histoire française de l'aventure (1840-1860"), *Histoire et Sociétés de l'Amérique Latine*, núm. 7, mayo 1998, p. 123-137). Lo retomo aquí, aumentándole los resultados de mis investigaciones recientes.

[2] Sylvain Venayre, *La Gloire de l'aventure. Genèse d'une mystique moderne. 1850-1940*, París: Aubier, 2002.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

de los primeros textos de crítica literaria sobre la literatura de aventuras en la década de 1910, etcetera).

Pero cualquiera que sea el interés de la identificación de los diferentes subgéneros del discurso sobre la aventura, necesito precisar que los he examinado con dos presupuestos unificadores. Por una parte, he identificado este discurso de una manera resueltamente nominalista, es decir, que he definido los relatos de aventuras no por su género, sino por el simple hecho de que en ellos se trataba, explícitamente, de aventura. Por otra parte, no he tratado de distinguir entre aquello que provendría de la ficción y aquello que provendría de la realidad, según una lógica discutible, sino que he considerado el conjunto de este discurso como la manifestación de un sistema de representaciones de la aventura, cuyo conocimiento me parece ser la única manera de conocer las prácticas objetivadas como prácticas de la aventura. En eso he sido fiel a lo que creo que es la lógica de la historia de las representaciones, es decir, que he privilegiado la dialéctica representaciones/prácticas, la cual me parece más fecunda, en detrimento de la dialéctica ficción/realidad, cosa que no pone en cuestión de ninguna manera la función primordial del historiador, que sigue siendo restituir el conjunto de la realidad pasada.[3]

No regresaré aquí al conjunto de las conclusiones de ese trabajo. Digamos, para hacerlo rápido, que mi idea principal es que el valor de aquello que hoy llamamos la aventura no aparece sino en el cambio del siglo XIX al XX, en el momento que es el de las primeras reflexiones de orden filosófico sobre la aventura (*cf.* Georg Simmel), el de la aparición de una literatura de aventuras para adultos (*cf.* Joseph Conrad), el de la aparición de los primeros textos de crítica literaria sobre la aventura (*cf.* Jacques Rivière), el de la aparición del aventurero como personaje positivo (*cf.* Lawrence de Arabia) y, sobre todo, el de la aparición de la idea según la cual la aventura debe buscarse, en

[3] Sylvain Venayre, "L'Invention de l'invention. L'histoire des représentations en France depuis 1980", dans Laurent Martin et Sylvain Venayre (dir.), *L'Histoire culturelle du contemporain*, Paris: Nouveau Monde, 2005, p. 31-54.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

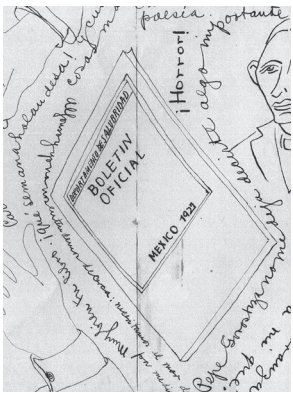
adelante, por ella misma, independientemente de cualquier otra finalidad, ya que es una modalidad estética de la existencia, une poesía en actos (*cf*. El mito de Rimbaud).

No es sino a partir de ese cambio del siglo XIX al XX, entonces, cuando la aventura se convierte en un valor al que se confiere cierta cantidad de virtudes supremas (realización de sí, tomar en las manos el propio destino, revelación del sentido oculto del mundo). Es ese cambio del siglo XIX al XX el que constituye el momento en que surge lo que he llamado la mística moderna de la aventura —definiendo aquí el término "mística" como un sistema de afirmaciones absolutas a propósito de aquello a lo que se atribuye una virtud suprema. Me sería bastante fácil desarrollarlo, particularmente demostrar que en la abundante producción de relatos de aventuras del siglo XIX (*cf*. Julio Verne) estos valores no aparecen, que en ellos la figura del aventurero se desprecia, que la búsqueda de la aventura por ella misma, en los raros casos en que se concibe, está presentada como una idea nefasta.

Ello no impide que la historia de la aventura en el siglo XIX, aun cuando es anterior al momento del surgimiento de la mística moderna de la aventura, tenga también su importancia. En efecto, es durante el siglo XIX que aparece el género nuevo de la novela de aventuras, es cuando surge una nueva figura del aventurero, la cual se identifica de manera más explícita que en el pasado con los espacios lejanos. De manera general, en el siglo XIX se establece la relación entre el imaginario de la aventura y el del alejamiento, y es cuando aparecen los distintos hilos que se anudarán en los alrededores de 1900 para definir la mística moderna de la aventura. Todo ello me surgió al estudiar numerosos relatos de aventuras para mi trabajo de tesis. Ahora bien, estudiándolo, quedé rápidamente impresionado por la importancia del papel que jugó México —es decir, las representaciones de México— en la definición, hacia 1850, de un nuevo discurso

En efecto, es durante el siglo XIX que aparece el género nuevo de la novela de aventuras, es cuando surge una nueva figura del aventurero.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.



sobre la aventura. Es sobre este papel del referente mexicano que quisiera interrogarme aquí.

Comenzaré por presentar el papel que ocupa México en la creación de la novela de aventuras en Francia. Después subrayaré el papel de México en la definición de la nueva transformación del aventurero que surge hacia 1850. Finalmente, tras haber planteado todo aquello, me preguntaré sobre las causas que pueden explicar esta atención particular dirigida a México a mediados del siglo XIX —antes, precisémoslo claramente, de la intervención militar de 1862—; trataré además, en conclusión, de retornar las interpretaciones que se pueden dar a esta intervención militar francesa en la década de 1860.

México y la creación de la novela de aventuras

El primer punto se refiere entonces al papel jugado por México en la creación de la novela de aventuras en Francia.

Recordemos en principio que en Francia no se habla de literatura de aventuras durante la primera mitad del siglo XIX. Quienes lo harán, a partir de los alrededores de 1860, harán remontarse la invención del género a Fenimore Cooper, cuyas novelas se traducen al francés a partir de la década de 1820; pero entre la década de 1820 y la de 1850 Cooper no fue considerado como un novelista de aventuras, sino como un novelista histórico, la mayor parte de cuyas intrigas se situaban a finales del siglo XVIII. Cooper era entonces considerado un maestro en el género inventado por Walter Scott. Era, para decirlo como Balzac —en cuyos comienzos Cooper influyó mucho—, "el Walter Scott de América".[4]

También se le consideraba, en relación con otra parte de su obra, como un "novelista marítimo" del tipo del Daniel Defoe de *Robinson Crusoe*. Este género era muy apreciado en la primera mitad del siglo XIX:

[4] Sobre la introducción de Cooper en Francia, véanse George D. Morris, *Fenimore Cooper et Edgar Poe d'après la critique française du XIXe siècle*, París: Larose, 1912; Margaret Murray Gibb, *Le Roman de Bas-de-Cuir. Etude sur Fenimore Cooper et son influence en France*, París: Champion, 1927 y Georgette Bosset, *Fenimore Cooper et le roman d'aventures en France vers 1830*, París: Vrin, 1928.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Eugenio Sue, por ejemplo, hizo sus comienzos en esta literatura marítima que tenía como patrón, además de Defoe y Cooper, al Byron del *Corsario*. En Francia, una verdadera "literatura de naufragios" se desarrolló en aquella época (Auguste Jal, Jules Lecomte, las revistas *Le Navigateur*, *La France Maritime*, etcétera). Se hablaba a veces, a propósito de éstas, de aventuras marítimas, pero nadie hablaba en ese entonces de novelas de aventuras.[5]

No fue sino hacia 1860 cuando el género literario de la novela de aventuras fue objetivado en Francia, poco antes de que se ilustrara en él quien devino su encarnación: Julio Verne. Tres tesis recientes han evocado este surgimiento del género de la novela de aventuras a mediados del siglo XIX.[6] Las tres señalan la misma lista de autores que jugaron un papel precursor en la definición del nuevo género literario: Gabriel Ferry, Gustave Aimard, el capitán Mayne-Reid. Estos tres autores invocaron explícitamente a Cooper; fueron, además, identificados con la escuela del novelista norteamericano. La gran diferencia entre ellos y éste es que ellos solos fueron, desde la publicación de sus obras, considerados como autores de novelas de aventuras. Ahora bien, es impresionante constatar que sus obras se adosaban al espacio mexicano, si no en su totalidad, por lo menos en una parte muy significativa. Presentémoslos rápidamente.

El primero tiene como nombre verdadero Louis de Bellemare. Nació en 1809. Vivió en México de 1831 a 1837, donde se ocupó, en la ciudad de México, de la casa de comisiones que su padre había fundado, antes de retornar a Francia a ocupar las funciones de agente de seguros. En 1846 publicó su primer relato en la *Revue des Deux-Mondes*, bajo el seudónimo de Gabriel Ferry; después, en 1860, su primera novela, *Le Coureur des Bois*, y en 1851 un relato de viaje titulado *Impressions de voyages et aventures dans le Mexique, la Haute-Californie et les régions de l'or*. Murió de manera precoz: a finales del año de 1851, se embarcó con el

[5] Monique Brosse, *La Littérature de la mer en France, en Grande-Bretagne et aux États-Unis (1829-1870)*, tesis, Universidad de París-IV, 1978.

[6] Además de la mía, véanse las de Tangi Villerbu, *Espace et nation: constructions françaises du récit de l'Ouest américain au XIXe siècle*, tesis, Universidad de Rennes, 2004 y la de Matthieu Letourneux, cuyo trabajo es el que se centra más directamente en el tema: *Poétique du roman d'aventures de 1860 à 1920*, tesis, Universidad de París-IV, 2000.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

El segundo autor francés de novelas de aventuras fue mucho más célebre, en su época, que Gabriel Ferry: se trata de Gustave Aimard.

encargo por parte del gobierno francés de ocuparse de la acogida de los emigrantes franceses en San Francisco, pero su barco naufragó el 5 de enero de 1852. La mayor parte de sus obras han sido publicadas de manera póstuma. Todas se refieren a México, trátese de la novela *Costal l'Indien* —publicada en 1855 y sobre la cual la correspondencia del joven Arthur Rimbaud nos muestra que éste la leyó e incluso la juzgó como una "novela interesante"—, o del relato *Les Révolutions du Mexique*, a propósito del cual George Sand redactó en 1863 un lisonjero prefacio que hacía de Ferry, antes que nada, "un actor o testigo ocular de todas aquellas aventuras que relató más tarde". A esta posteridad de Gabriel Ferry debemos añadir la de su sobrino, Paul Duplessis, quien publicó a su vez, a finales de la década de 1850, dos relatos de aventuras sobre México: *La Sonora*, en 1855, y *Aventures Mexicaines*, en 1860. Paul Duplessis, sin embargo, murió poco tiempo después; su flaca obra de escritor no representa más que un hito modesto en la historia de las narraciones de aventuras.[7]

El segundo autor francés de novelas de aventuras fue mucho más célebre, en su época, que Gabriel Ferry: se trata de Gustave Aimard. Su verdadero nombre es Olivier Gloux, pero no se sabe casi nada de él. Nació en París en 1818, habría abandonado Francia como grumete a la edad de 7 años y habría viajado mucho. Se le vuelve a encontrar en París en 1848. De ahí, se habría embarcado hacia California cuando el descubrimiento del oro. Después viajaría a México, donde habría vivido a comienzos de la década de 1850. Lo que es seguro es que comenzó a publicar sus novelas en 1858. Publicó en total 55, y muchas de ellas toman como marco México. *Les Nuits Mexicaines* (1864), *Une Vendetta Mexicaine* (1866), *Les Chasseurs Mexicains* (1867), llevan títulos explícitos, pero muchas otras novelas sitúan su acción en México del mismo modo, muy particularmente entre sus primeras publicaciones: *Le Chercheur de Pistes* (1858),

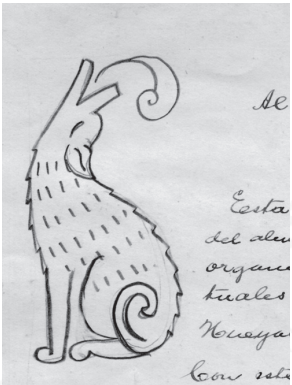
[7] Podemos señalar que, en esta misma época, el joven Julio Verne publicó en el *Musée des Familles* uno de sus primeros textos, titulado *Les Premiers Navires de la marine mexicaine. L'Amérique du Sud. Etudes historiques* (1851; Verne publicó una nueva versión, en 1877, bajo el título *Un drame au Mexique*).

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

La Fièvre d'Or (1860), *La Grande Flibuste* (1860), *Curumilla* (1860). Hasta su muerte en 1883, e incluso después —digamos que hasta el periodo entre las dos guerras mundiales–, la obra de Gustave Aimard fue abundantemente difundida y leída en Francia.

El tercer autor de importancia en los orígenes de la novela de aventuras en Francia es irlandés. Se trata de Thomas Mayne Reid. Es contemporáneo exacto de Gustave Aimard: 1818-1883. Emigró a Louisiana en 1839. Empleado al principio en una casa de comercio, después vigilando esclavos en una plantación, se lanzó en grandes expediciones con los comerciantes de la pradera de América del Norte. En 1846, tras haber publicado algunos poemas, participó en la guerra contra México, en las filas del ejército estadounidense, que abandonó en 1848 con el grado de capitán. Al año siguiente se embarcó hacia Europa con el fin de prestar ayuda a los insurgentes de Baden y después a Kossuth —de quien se convirtió además en amigo y algunos de cuyos discursos redactó. Tras llegar demasiado tarde, se instaló finalmente en Londres. A partir de 1850 publicó recuerdos novelados de la guerra americano-mexicana, *Le Corps Franc des Rifles*, y después novelas para la juventud ambientadas en la pradera norteamericana. Firmaba con el nombre de "Capitán Mayne-Reid", en referencia al grado adquirido durante la guerra contra México. En la Francia de la segunda mitad del siglo XIX Mayne-Reid, a quien se tradujo desde comienzos de la década de 1850, era uno de los autores juveniles más leídos.[8] Podemos señalar que él también fue el traductor al inglés del *Coureur des Bois* de Gabriel Ferry, así como de numerosos pequeños opúsculos geográficos, entre ellos *La Terre d'Anahuac*, consagrado a México.

No voy a tratar de analizar, por el momento, las causas de esta presencia insistente de México en las obras de los primeros novelistas de aventuras que se impusieron en Francia a partir de la década de 1850. Conformémonos por el momento con señalar el



[8] Alain Corbin, «Du capitaine Mayne-Reid à Victor Margueritte: l'évolution des lectures populaires en Limousin sous la IIIe République», *Cahiers des Annales de Normandie*, núm. 24, Caen, p. 453-465.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

hecho: en un momento decisivo de la historia de la novela de aventuras en Francia, México apareció como un espacio de referencia fundamental.

México y la nueva figura del aventurero

Hay que señalar un segundo orden de hechos, igualmente importante: la imposición de la referencia mexicana en el momento de la definición, a mediados del siglo XIX, de una nueva figura del aventurero.

Ahí también conviene hacer un rápido recordatorio. No hay testimonio de la palabra "aventurero" en la lengua francesa sino a partir del siglo XIV. Al principio designaba a los mercenarios de las guerras de finales de la Edad Media y de los primeros tiempos modernos. Después, durante el siglo XVII, se identificaba con este término a los filibusteros y bucaneros del mar de las Antillas. Finalmente, en la segunda mitad del siglo XVIII, la palabra designó a una tercera figura, después de la del mercenario y la del pirata: la del cortesano, la del intrigante en las cortes europeas, que encarnaban entonces Casanova o Cagliostro.[9]

A mediados del siglo XIX surgió una cuarta transformación histórica del aventurero, que se desfasa en relación con los tres precedentes. De ahí en adelante, el aventurero estará sistemáticamente ligado con los espacios lejanos. Se trata de un europeo que ha partido a los confines del globo con una finalidad incierta, el cual progresivamente se encarna en una figura notable: la del "hombre que quiere ser rey", como dijo Kipling en los años 1880. Así, si buscamos, en el *Grand Dictionnaire du XIXe Siècle*, de Pierre Larousse, a hombres del siglo XIX que estén definidos por la sola palabra "aventurero", no encontramos más que a hombres que se habían propuesto obtener un Estado en una región alejada de Europa. El parangón de todos estos aventureros fue el británico James Brooke, que se convirtió en rajá en Sarawak en la década de 1840 —pero su gloria,

[9] Con respecto a estas cuestiones, véanse Suzanne Roth, *Les Aventuriers au XVIIIe Siècle*, Paris: 1980 y Alexandre Stroev, *Les Aventuriers des Lumières*, Paris: 1997.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

en Francia, es bastante tardía: data del extremo final del siglo XIX. Pierre Larousse cita a otros, que fueron bastante célebres desde antes de aquella época, como Charles-Marie David de Mayrena, quien aseguraba haberse hecho proclamar rey de los sedangs, en las altas planicies indochinas, a finales de la década de 1880, o Antoine de Tounens, quien se proclamó rey de la Araucanía y de la Patagonia en la década de 1860. Mayrena y Tounens, al igual que Brooke, fueron presentados por Laurousse, pero también por otros, como "aventureros" en un sentido que de ahí en adelante sería diferente de aquel que prevalecía cuando se llamaba así a los mercenarios medievales, los filibusteros o los cortesanos de finales del Antiguo Régimen.

Ahora bien, la primera encarnación notable de este nuevo "aventurero" se encuentra en México, en la persona del conde Gaston de Raousset-Boulbon. Sin contar en detalle su vida, por otra parte muy conocida,[10] recordémosla a grandes rasgos. Nació en 1817, de una familia de la vieja nobleza provenzal y, tras una vida medianamente disipada y un intento desgraciado de empresa colonial en la Argelia de la década de 1840, emigró a California en la víspera del descubrimiento de oro, en 1850. Ahí, pasado algún tiempo llevando una vida miserable, levantó un pequeño ejército de mineros descontentos e intentó, en dos ocasiones, invadir México, en 1852 y 1854. Incluso tomó por asalto Hermosillo, que en ese entonces era una ciudad pequeña. Su idea era simple: para Raousset-Boulbon, el Estado mexicano estaba en decadencia. En particular, lo consideraba incapaz de asegurar el control de la provincia de Sonora, de la cual se repetía entonces que era objeto de incursiones cada vez más frecuentes de los apaches. Ahora bien Raousset-Boulbon, como tantos otros, estaba convencido de la existencia de ricas minas de plata en Sonora. Él se propuso entonces, pasando por toda una serie de estratagemas, tomar posesión de Sonora y favorecer ahí la llegada de colonos franceses, susceptibles después de explo-

Ahora bien, la primera encarnación notable de este nuevo "aventurero" se encuentra en México, en la persona del conde Gaston de Raousset-Boulbon.

[10] Véase especialmente Claudine Chalmers, *L'Aventure française à San Francisco pendant la Ruée vers l'or. 1848-1854*, tesis, Universidad de Niza: 1991.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

A partir de su muerte, Raousset-Boulbon fue celebrado por toda una serie de literatos que lo presentaron como un "aventurero", en el nuevo sentido de la palabra.

tar las minas. Para Raousset-Boulbon, los habitantes de Sonora debían ver llegar a los franceses como liberadores. Las autoridades mexicanas lo fusilaron finalmente el 12 de agosto de 1854.

A partir de su muerte, Raousset-Boulbon fue celebrado por toda una serie de literatos que lo presentaron como un "aventurero", en el nuevo sentido de la palabra. Gustave Aimard forma parte de esos escritores que lo glorificaron. Él aseguró incluso haber formado parte del pequeño ejército de Raousset-Boulbon (incluso cuando nada nos permite estar seguros de ello). Cuatro de sus primeros libros, todos los cuales sitúan su acción en México, pretenden así volver a trazar, bajo una forma novelesca, la aventura del conde.

Así, tanto en la nueva definición del aventurero, como en la de la literatura de aventuras —la segunda respalda por lo demás a la primera—, México jugó un papel importante.

Podríamos incluso ir más lejos. He intentado demostrar en mi tesis que el surgimiento de la mística moderna de la aventura, alrededor de 1900, pasaba por la celebración del aventurero, definido de ahora en adelante por la sola búsqueda de la aventura, independientemente de cualquier otra finalidad e independientemente, en especial, del sueño de conquista que animaba aún a un Raousset-Boulbon. He subrayado que, en este proceso, el aventurero moderno procedía de la figura del buscador de oro, tal como ésta se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX, entre las riadas en pos del oro de California (1849) y del Klondyke (1896). Ahora bien, es bajo la pluma de uno de los autores de que he hablado, Paul Duplessis, y a propósito de México, que encontramos expresada de la manera más clara esta idea según la cual el buscador de oro no busca verdaderamente el oro, sino la aventura que acompaña a esta búsqueda. Incluso la lengua española da la clave de ello, al distinguir a los "gambusinos" de los "rascadores":

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

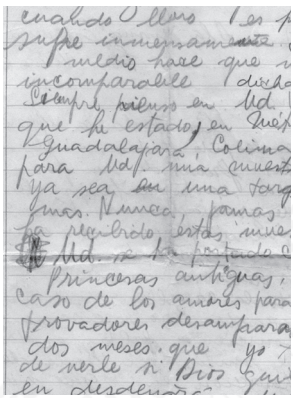
Los gambusinos, mire usted, no son los buscadores de oro ordinarios, los rascadores… Pero, ojo, he aquí una comparación que se me ocurre y que, espero, me servirá para darme a entender. Usted conoce al pájaro uaco, ¿verdad?

—Claro, el que ataca a las serpientes, ¿y bien?

—Bueno, y ¿por qué pelea con las serpientes el pájaro uaco?, ¿cuál es su finalidad, su motivo?, ¿qué saca de eso?, ¿no lo sabe? Dios lo ha querido así, y eso es; eso es todo. El gambusino representa al pájaro uaco. Empujado por una fuerza invisible, emplea y consagra su vida a la búsqueda y al descubrimiento de los yacimientos. ¿Por qué? Lo ignoro.

—¡Pues claro!, para obtener fortuna.

—Pero no, señoría. A los gambusinos no les gusta nada de lo de aquí abajo, y todos terminan muriendo en la miseria en medio del desierto, es algo sabido. Los placeres son para ellos —así lo declaró Quirino hace rato— amantes a las que adoran y respetan.[11]



Evidentemente, no es nueva una dialéctica así. Ésta remite a lo que decía Pascal sobre el instinto del cazador —que caza por el placer de la caza y no porque le interese la presa obtenida. Remite aún más a la imagen romántica de las aves de paso que, de Chateaubriand a Jean Richepin, identifica el gusto por el viaje con un instinto secreto y no con una finalidad. Pero aquí, en el escenario mexicano, ésta se pone al servicio de la figura del buscador de oro que fue la matriz de la mística de la aventura elaborada en el cambio del siglo XIX al XX.

¿Por qué México?

Tras haber mostrado el papel que jugó México en el surgimiento de la literatura de aventuras en Francia y en el surgimiento del último avatar histórico del aventurero, conviene tratar de responder a esta pregunta: ¿por qué México? Evidentemente, la respuesta

[11] Paul Duplessis, *La Sonora*, Paris: Cadot, 1855, p. 113.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Tenemos, en primer lugar, la importancia de la presencia francesa en México en aquel momento.

es incierta, a tal grado nos encontramos aquí en el ambiguo terreno de la interpretación. Podemos sin embargo intentar proponer varios órdenes de hechos que contribuyen a dar cuenta de este "momento mexicano" en la historia francesa de la aventura.

Tenemos, en primer lugar, la importancia de la presencia francesa en México en aquel momento. La independencia de 1821 había anulado la prohibición de una inmigración francesa en la colonia mexicana. Desde el reconocimiento de México por parte de Francia en 1830, numerosos franceses emigraron: la tentativa de colonización francesa en Coatzacoalcos, en 1831, es un ejemplo conocido de este entusiasmo por el espacio mexicano que de ahora en adelante se había vuelto accesible.[12] Es además en el mismo año, ya lo vimos, cuando Gabriel Ferry desembarcaba en México, encargado por su padre de trabajar en la casa de comisiones que acababa de establecer ahí. A esta primera ola de emigración conviene añadir una segunda, consecuencia de las dos sacudidas que fueron la revolución de 1848 en París y el descubrimiento del oro en California en 1849. En este contexto fue cuando Raousset-Boulbon vino a México; fue igualmente en este contexto que Gustave Aimard, si es cierta su leyenda, habría partido hacia allá. De todos modos, fue en razón de estos acontecimientos que Raousset-Boulbon pudo reclutar a su pequeño ejército de 400 hombres para invadir Sonora, arguyendo motivos revolucionarios, buenos para seducir a esta población de franceses que, en su gran mayoría, habían participado en la revolución de 1848 (el aspecto más conocido de esta cuestión es la "lotería del lingote de oro" que, bajo la vigilancia de la Prefectura de Policía de París, permitió dirigirse a las costas californianas a todos aquellos cuya exuberancia inquietara a las autoridades, ya fueran viejos soldados o guardias nacionales).[13] Recordemos que, como consecuencia de esta emigración, los franceses representaban en 1849 la segunda nacionalidad extranjera en México, después de los españoles. Aquello

[12] Guy-Alain Dugast, "Une image de l'espace tropical mexicain en France vers 1830: le Coatzacoalcos, ou un lieu pour l'Utopie", dans *L'Homme et l'espace dans la littérature, les arts et l'Histoire en Espagne et en Amérique Latine au* XIX*e siècle*, Lille: Presses Universitaires de Lille-III, 1985, p. 208-222.

[13] Madeleine Bourset, "Une émigration insolite au XIX*e* siècle. Les soldats des barricades en Californie. 1848-1853", en *L'Emigration française*, Paris: Presses Universitaires de la Sorbonne, 1985.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

permite pensar que los franceses de alrededor de 1850 pudieron tener en México un interés seguro, tanto más cuando a éste se añadían los numerosos relatos que los viajeros franceses en México habían dado a conocer desde 1830: Nancy Barker ha contado más de una treintena de 1830 a 1860, entre ellos los de Gabriel Ferry y Paul Duplessis.[14]

En segundo lugar debemos hacer que intervengan las relaciones entre México y Estados Unidos, desde las escaramuzas de la década de 1830 (la más conocida de las cuales hoy es la destrucción de la misión del Álamo), hasta la guerra de 1846-1848, y la percepción que de ellas podían tener los franceses. Todo eso podía interesar tanto más a los franceses, cuando a mediados del siglo XIX aparece en el discurso político el mito de los "anglosajones"[15] y en Francia se le opone una "latinidad", con el fin de acercar a los franceses no sólo a los italianos, sino también, entre otros, a los mexicanos. A todo esto habrá que añadir, especialmente entre los revolucionarios franceses emigrados a California después de 1848, la imposición de la noción de "regeneración" heredada de 1789. Raousset-Boulbon la puso en juego, al explicar a sus tropas que convenía a los hijos de la "Gran Nación" regenerar a México, trayéndole, mediante las armas, los beneficios de la revolución francesa.

Sin embargo, si bien esta fuerte emigración francesa a México, y estas consideraciones políticas podían, en la década de 1850, explicar el interés francés por la actualidad mexicana, estos dos motivos no explican por qué este interés por México tomó la forma de la aventura. Para entenderlo, hay que añadir dos órdenes de hechos.

El primero tiene que ver con las herencias culturales que permitían en ese entonces aprehender la realidad mexicana. Y, entre ellas, debemos señalar muy particularmente la importancia del mito de El Dorado y la figura del conquistador. No hay ninguna

[14] Nancy N. Barker, "Voyageurs français au Mexique, fourriers de l'intervention (1830-1860)", *Revue d'histoire diplomatique*, 1973, p. 96-114.

[15] Véase Philippe Roger, *L'Ennemi américain. Généalogie de l'antiaméricanisme français*, Paris : Seuil, 2002.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

duda, en efecto, de que la exageración por parte de todos los viajeros de la *riquenza* mexicana, en los años de 1830-1860, no haya sido una suerte de eco del viejo mito de El Dorado.[16] Efectivamente, desde antes de 1849, México se representaba como la providencia para aquellos *gambusinos* que Gabriel Ferry ponía en escena a finales de la década de 1840. Igualmente, no hay duda de que la referencia a los conquistadores, sistemática en todos los viajeros en México (Ferry, Mayne-Reid, Aimard, no se escapan de ella) no haya favorecido la descripción de Raousset-Boulbon como un nuevo tipo de aventurero. En aquella época, la gesta de los conquistadores era objeto de un renovado interés en Francia, el cual podemos relacionar con la propaganda colonial que comenzaba entonces en relación con Argelia. De ello es prueba la publicación, en 1839, del libro de Henri Lebrun dedicado a las *Aventures et conquête de Fernand Cortez au Mexique* (Tours, Mame): entre 1839 y 1861 conoció diez reediciones, es decir, una cada dos años. El retorno de México en los relatos de viaje se acompañaba entonces del retorno de un imaginario de la conquista del Nuevo Mundo. Se comprende claramente que el propio Raousset-Boulbon se haya comparado tan a menudo con Cortés y que más tarde todos sus biógrafos hayan adoptado un enfoque idéntico. Gustave Aimard, en particular, lo designa en varias ocasiones como un conquistador moderno. Los mitos ligados a México, de El Dorado a la conquista española, pudieron así favorecer el surgimiento de la nueva figura del aventurero.

El segundo orden de hechos que podrían acercar a México al mundo de la aventura concierne a la representación del espacio mexicano. Ésta adquiere dos formas diferentes.

La primera convierte a México en una zona de contacto entre la civilización y la barbarie, una especie de "frontera", entonces, en el sentido americano del término. Es un espacio peligroso, en el que se

[16] Jean-François Lecaillon, "Mythes et phantasmes au cœur de l'intervention française au Mexique (1862-1867)", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 9, 1990 y Chantal Cramaussel, "Imagen de México en los relatos de viaje franceses : 1821-1862", en Javier Pérez Siller (ed.), *México Francia. Memoria de una sensibilidad común. Siglos XIX-XX*, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, El Colegio de San Luis, A.C., CEMCA, 1998, p. 333-363.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

encuentran simultáneamente la figura del salvaje (los apaches, por ejemplo)[17] y la de los bandoleros (que llevan el nombre, exótico a oídos franceses, de *salteadores* y que son a México lo que el bandido de los Abruzzes era para la Italia de la época). Pero la problemática de esta "frontera" mexicana era aquella, original, de una barbarie. Mientras que la frontera americana manifestaba el empuje de la civilización europea en América —aquello que Gustave Aimard, siguiendo a Chateaubriand, ilustraba mostrando el avance de las abejas en el interior del continente—, México se concebía como una región en decadencia. La representación del pueblo mexicano entraba en consonancia con las representaciones de los árabes o los chinos, es decir, de aquellos pueblos que habían sido civilizados, pero que ya no lo eran —y era necesario, entonces, regenerar. En el vocabulario de la época se admitía que la "raza mexicana" había sido reforzada por la adición de la sangre de los conquistadores, pero desde hacía mucho tiempo se había vuelto bastarda —donde se ve claramente, por otra parte, a propósito de México, de qué manera el discurso colonialista emergente lograba, desde mediados del siglo XIX, fundir en una misma representación la regeneración revolucionaria y el racismo científico en formación.

La segunda representación del espacio mexicano hacía de él un desierto; y ahí también la problemática, igualmente original, era la de un crecimiento. Uno de los biógrafos de Raousset-Boulbon hablaba, a propósito de Sonora, de "una región magnífica, todos los días reconquistada por el desierto".[18] Ahora bien, esta imagen del México desértico reunía de hecho dos objetos diferentes. Estaba, por una parte, el desierto como lugar histórico de la aventura. En efecto, Jacques Le Goff demostró hasta qué punto el bosque medieval constituía, en las novelas de aventuras caballerescas, el lugar de la aventura de los jóvenes caballeros.[19] Este bosque, señalémoslo, no

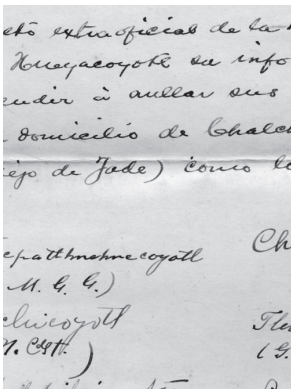
La segunda representación del espacio mexicano hacía de él un desierto; y ahí también la problemática, igualmente original, era la de un crecimiento.

[17] Dominique Kalifa, "Archéologie de 'l'Apachisme'. Barbares et Peaux-Rouges au XIXe siècle", *Le Temps de l'Histoire*, núm. 4, 2002, p. 19-37, reproducido en *Crime et culture au XIXe siècle*, Paris: Perrin, 2005.

[18] Henry de la Madelene, *Le Comte de Raousset-Boulbon, sa vie, ses aventures*, Paris: Charpentier, 1856, p. 91.

[19] Jacques Le Goff, "Le désert-forêt dans l'Occident médiéval", en *L'Imaginaire médiéval*, Paris: Gallimard, 1985, p. 59-85.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.



es un lugar resueltamente vacío de hombres, sino un lugar en el que es rara la presencia del hombre. No es el lugar del salvajismo integral: el hombre encuentra ahí al hombre, pero la extrañeza del espacio hace precisamente que ese encuentro sea una aventura. Tal es la imagen del desierto mexicano a mediados del siglo XIX: una "frontera", paradójicamente invadida por el desierto, un lugar muy escasamente poblado donde sin embargo uno encuentra a algunos individuos. A esta primera representación del desierto hay que añadir, por otra parte, la evolución impuesta a la imagen del desierto por la primera mitad del siglo XX. Como consecuencia de la expedición a Egipto de 1789 —consecuencia también de la conquista de Argelia y de las primeras exploraciones del Sahara—, el desierto dejaba entonces de ser solamente el lugar vacío de hombres que era todavía durante las primeras décadas del siglo XIX. Se convertía, más precisamente, en el lugar de extrema aridez y de la *vastitas* —la extensión.[20] Mayne-Reid, al igual que Gustave Aimard, compara también el "gran desierto del norte de México" con el del Sahara, haciendo así que México corresponda a las nuevas representaciones del desierto que se encuentran en plena difusión. Podemos además señalar que esta representación del desierto americano que surgió en la década de 1850 estaba comprometida con un hermoso futuro: en efecto, el geógrafo Michel Foucher mostró cómo los episodios de la conquista del oeste fueron trasladados en el cine a los paisajes de Nuevo México, incluso cuando la mayoría de ellos habían tenido como marco las grandes planicies norteamericanas.[21]

La aventura mexicana y la intervención de 1862

Antes de llegar a las consecuencias que este imaginario de aventura mexicana haya podido tener en la decisión de organizar la expedición militar de 1862, conviene señalar que el lugar de México en los relatos

[20] Guy Barthelèmy, *Fromentin ou l'écriture du désert*, Paris : L'Harmattan, 1997.

[21] Michel Foucher, "Du désert, paysage de *western*", *Hérodote*, núm. 7, julio-septiembre de 1977, p. 130-147.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

de aventuras franceses disminuyó de manera espectacular a partir de la década de 1860. Esto se puede explicar mediante dos razones principales. La primera tiene que ver con los progresos de la idea colonial en la sociedad francesa a partir de aquella fecha. En efecto, desde 1862, la conquista —parcial— de la Cochinchina se utilizó con fines de propaganda colonial: se pudo decir así que fue con ocasión de la expedición a Cochinchina que tuvo lugar la primera victoria de la doctrina colonialista en la opinión francesa.[22] Ahora bien, al mismo tiempo, los sinsabores de la intervención mexicana de Napoleón III condujeron al gobierno a interrumpir las fuentes de información proveniente de México.[23] Todo ello se reforzó a partir de la década de 1870 y del advenimiento de una Tercera República colonialista y patriota, que continuó la obra de propaganda colonial, centrada esta vez en África, e hizo caer en el olvido la política mexicana de Napoleón III. La segunda razón es que a partir de la década de 1860, las narraciones de aventuras se multiplicaron en Francia. Ferry, Aimard y Mayne-Reid no fueron los únicos autores de novelas de aventuras, sino por el contrario, Julio Verne y después todos sus imitadores, lejos de acantonarse en un solo espacio, pretendieron que sus jóvenes lectores vieran el planeta en su conjunto: ese es el proyecto, a partir de 1866, de los *Viajes Extraordinarios*, al igual que lo será el de los *Voyages Excentriques* de Paul d'Ivoi en la década de 1890. A esta aceptación de la novela de aventuras como género, hay que añadir el desarrollo de la prensa de viajes a partir de 1860 con *Le Tour du Monde*, reforzado aún por el *Journal des Voyages et d'Aventures de Terre et de Mer*. En todo aquel conjunto, México no ocupaba sino un lugar residual. Muy marginal en Julio Verne, desapareció prácticamente del *Journal des Voyages*. En efecto, yo me dediqué a efectuar un sondeo metódico en los números del *Journal des Voyages* que abarcan de 1877 a 1915: en ellos, México no es casi nunca el decorado de las novelas. Signo de los

[22] Charles-Robert Ageron, *France coloniale ou parti colonial?*, Paris: PUF, 1978.

[23] Al respecto, véase Hélène Puiseux, *Les Figures de la guerre. Représentations et sensibilités. 1839-1996*, Paris: Gallimard, 1996.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta casi-desaparición de México en los relatos franceses de aventuras, a partir de la década de 1860, no hace sino más notoria su omnipresencia en la década de 1850.

motivos patrióticos de esta desaparición, América del Sur no se encuentra presente en el periódico sino a través de la Guyana francesa, presentada de ahí en adelante, a partir de la década de 1880, como el nuevo El Dorado de los buscadores de oro.

Esta casi-desaparición de México en los relatos franceses de aventuras, a partir de la década de 1860, no hace sino más notoria su omnipresencia en la década de 1850. En efecto, durante la década que precedió a la expedición militar, México se asoció de manera muy estrecha con los sueños de aventuras franceses —y me parece que este hecho debe añadirse a la lista de causas que generalmente explican el desencadenamiento, en 1862, de esta expedición.

Las causas propuestas de manera más clásica por los historiadores son bien conocidas: el emperador habría aprovechado el desorden de la guerra de secesión norteamericana para tratar de establecer una colonia francesa no lejos de los lugares donde Francia ya había estado presente y donde su huella permanecía (Louisiana). Esta política entraba en la lógica del giro colonialista de la década de 1860, que se manifestó igualmente, desde 1863, por la expedición de Cochinchina. Así, los motivos que la animaron eran muestra de aquellos tradicionalmente reconocidos para la colonización: intereses económicos (en términos de materias primas, pero también de salidas para los productos manufacturados franceses, dos años después del tratado de libre intercambio con Inglaterra, al que se añadía, en el caso mexicano, la voluntad, que los sansimonianos arrastraban desde hacía mucho tiempo, de abrir el istmo de Panamá); intereses políticos (afianzar la grandeza de la nación, la de su ejército y la de su emperador); intereses religiosos (más importantes aún para Napoleón III cuando los católicos franceses habían sido muy hostiles a la ayuda entregada por Francia a la unidad italiana en 1859-1860 y se trataba, para el emperador, de reconquistar sus votos); intereses morales (hacer

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

que aprovechara las luces francesas un pueblo al que se juzgaba claramente como menos avanzado en la vía de la civilización). Todas estas razones son muy válidas, y ya los debates que siguieron inmediatamente después de 1862 agitaban el conjunto de estas ideas.

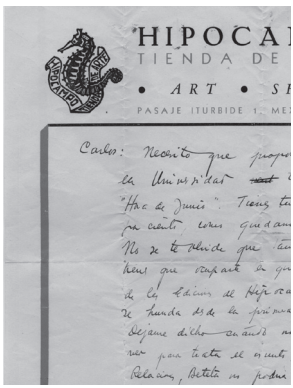
A estas razones, que constituyen de alguna manera el bagaje básico del historiador que busca explicar una empresa colonial, podemos añadir otras, ya señaladas por Nancy Barker cuando habla de las "ilusiones intelectuales" de que habrían sido víctimas Napoleón III y su entorno, así como buena parte de la opinión pública francesa. Jean-François Lecaillon y Chantal Cramaussol lo han desarrollado: las narraciones de los viajeros franceses en México desde la década de 1830 aportaban espontáneamente la idea de que, por una parte, el Estado mexicano, al que se juzgaba como decadente, era ya incapaz de controlar el conjunto de su territorio y que, por otra parte, este territorio rebosaba de riquezas mineras. La exageración de la riqueza mexicana y la debilidad de su ejército —desde finales de la década de 1850, el antecesor de Raousset-Boulbon en Hermosillo abogaba en ese sentido—[24] pudieron así contribuir a la gestación del "gran pensamiento del reinado". A las razones económicas, políticas, religiosas y morales que justificaban la empresa colonial se añaden entonces las "ilusiones intelectuales" de una época a propósito de México, ilusiones a las que hay que añadir todavía el discurso oficial sobre la defensa de la "latinidad" francomexicana como respuesta a la invención reciente de la noción de "anglosajones". La historia de las ideas ayuda así, de manera indiscutible, a comprender el proceso que condujo al desencadenamiento de la operación militar de 1862.

A estos dos conjuntos de razones yo desearía añadir un tercero, que no proviene exactamente de la historia de las ideas, sino más bien de la historia cultural, es decir de una historia cuyo objetivo consiste en restituir

A las razones económicas, políticas, religiosas y morales que justificaban la empresa colonial se añaden entonces las "ilusiones intelectuales" de una época a propósito de México.

[24] Los biógrafos de Raousset-Boulbon, después de 1862, aseguraban además que el conocimiento del antecedente de Hermosillo había contribuido a decidir a Napoléon III a intervenir militarmente en México.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.


HIPOCA
TIENDA DE
• ART • S
PASAJE ITURBIDE 1

la coherencia de los sistemas de representaciones de una época dada, para experimentar de nuevo la lógica de los acontecimientos, incluso cuando esta lógica ya no se nos manifiesta de manera muy clara. En efecto, lo que me impresiona, cuando uno examina el caso de la intervención de 1862, es la dificultad para tomarla en serio y la recurrencia a la metáfora de la aventura para dar cuenta de ella —desde *L'Aventure Mexicaine* de Georges Delamare (1935), hasta el prefacio de F. Mauro al libro de Lecaillon que, en tres páginas, utiliza siete veces la palabra "aventura".[25] La expedición militar de 1862, en el fondo, no sería sino una aventura de Napoleón III, el resultado de una ocurrencia cuyas motivaciones profundas (lo que cuadra además con la imagen de la "esfinge" que nos legaron los contemporáneos del emperador) no se sabría explicar. Ciertamente se intenta dar argumentos, pero éstos no hacen sino retomar los términos del debate de la época, cuando los propios opositores a la política mexicana de Napoleón III no hacían valer más que ideas fundadas en análisis económicos, políticos y morales. Pero estos análisis, para distinguirse radicalmente del emperador y sus consejeros, no dejaban de estar apoyados en las mismas bases intelectuales. Ponían en duda la lógica económica de la expedición, su lógica política o su lógica moral. No imputaban el hecho de que hubiera una lógica, como se tiende a hacer hoy en día. Ahora bien, me parece que la primera tarea del historiador debe ser, por el contrario, encontrar estas lógicas escondidas en el pasado, las cuales no nos parecen más claras hoy en la medida en que nuestros razonamientos no reposan sobre los mismos sistemas de representaciones del mundo.

En el caso de la expedición militar de Napoleón III a México, me parece que el imaginario de la aventura juega un papel importante en el sistema de representaciones que permitía pensar la expedición militar de 1862. En efecto, la lógica común al emperador y a sus oponentes descansaba sobre dos representaciones

[25] En Jean-François Lecaillon, *Napoléon III et le Mexique. Les Illusions d'un grand dessein*, Paris: L'Harmattan, 1994.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

complementarias. Por una parte, la intervención, desde esta época, estaba representada como una aventura —porque, precisamente, México se concebía, desde los alrededores de 1850, como el marco ideal de una aventura. Por otra parte, este imaginario de la aventura entraba en adecuación con el imaginario del imperio mismo, tratárase del pasado personal del *carbonaro* Luis Napoleón Bonaparte o, más aún, de la memoria que se conservaba del Primer Imperio, el que había hecho soñar a la generación de Luis Napoleón Bonaparte y de Alfred de Musset con las "nieves de Moscú y con el sol de las pirámides", como decían las primeras páginas de *La Confesión d'un enfant du siècle*.[26] Así quedaba establecido, en todo caso a comienzos de la década de 1860, un sistema de representaciones coherente que volvía concebible la expedición a México de otro modo que por el solo cálculo económico, político o moral, o incluso que por las ilusiones intelectuales relacionadas con las riquezas de México, la debilidad de su Estado o la defensa de una hipotética "latinidad". Me parece esencial tomar en consideración este sistema de representaciones si queremos entender verdaderamente la toma de la decisión de 1862. Aquellos que definen someramente la intervención militar como una "aventura", y que definen a veces también tan someramente a Napoleón III, no hacen, finalmente, sino reproducir, sin explicarlo, este sistema de representaciones a partir del cual fue formulado "el gran pensamiento del reino" —mientras que nuestro objetivo como historiadores, me parece, debe ser más bien comprender cómo este pensamiento, insólito hoy en día, pudo acceder a la conciencia de aquellos que lo llevaron a la práctica. Ω

[26] "Entonces se asentó sobre un mundo en ruinas una juventud inquieta. Todos aquellos niños eran gotas de una sangre ardiente que había inundado la tierra: habían nacido en el seno de la guerra. Habían soñado durante quince años con las nieves de Moscú y el sol de las Pirámides. No habían salido de sus ciudades, pero les habían dicho que por cada puerta de estas ciudades se iba a una capital de Europa. Tenían en la cabeza todo un mundo… " Alfred de Musset, *La Confession d'un enfant du siècle* (1836), Paris: Flammarion, 1936, p. 4.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.